**Nuestra Biblioteca Popular**

(“La Crónica”, 21/1/1929)

Aquellos tiempos en que el porcentaje de analfabetos en las ciudades coincidía extrañamente con el de los humildes desprovistos de fortuna, ya van expirando. No es hora –ni mucho menos– de cantar Te Deums, puesto que lo andado es poco y el camino infinito, pero es consolador, de trecho en trecho, anotar que, si en relación con otros pueblos, el nuestro no descuella de una manera exuberante, ni se distingue por la vertiginosidad de la carrera, tampoco permanece quieto durmiendo con esa letargia embrutecedora que tanto mal nos causó las pasadas centurias.

Los tiempos cambian y el mundo se inquieta de un germinar de ideas nuevas. Y es que el dinamismo biológico de los pueblos conduce fatalmente a la evolución y al progreso sin que a nadie sea dable detener, ni tan solamente retardar, este proceso de lógico desarrollo.

Cada día encontramos en los periódicos, entre la letra muerta de tantos artículos vacuos, entre la estúpida rigidez de las gacetillas que no interesan, el reportaje de una conferencia cultural, de la inauguración de alguna biblioteca popular, de la de algún centro de lectura, y este hallazgo es para nosotros el puntito brillante de aquel día, en virtud del cual creemos en el futuro esplendor cultural de nuestro pueblo, y mantenemos nuestra fe en el mañana todavía incierto.

Ya no es preciso decir que si siempre estas noticias nos confortan y nos alientan, tratándose de nuestra ciudad ese punto brillante de nuestro gozo cotidiano se transforma en júbilo desbordante y apasionado, como en el caso presente. Nos referimos, naturalmente, a la inauguración todavía reciente de nuestra Biblioteca Popular de la Diputación, obra que si en la ejecución ha resultado perfecta y modélica, como no podíamos dejar de esperar de los altos prestigios de su arquitecto, el Sr. Alejandro Soler y March, nos interesa mucho más por el éxito de público que ha obtenido. Es diariamente que las estanterías de nuestra Biblioteca se ven visitadas por las manos inquietas y ávidas de una multitud de lectores. Esto nos anima y nos contenta, pero no nos satisface del todo. Para dejar que nuestra satisfacción sea absoluta esperamos el día en que esta gran sala de lectura sea ya insuficiente para contener sus devotos. Quisiéramos, y en el fondo de nuestro ser cobijamos esta esperanza, que la necesidad obligara a habilitar nuevas dependencias hasta que otro edificio de construcción semejante, destinado a Biblioteca Pública, floreciera en la plaza del Instituto para acompañar las escuelas de Segunda Enseñanza con el esplendor frío de sus piedras y con el penetrante calor de su entusiasmo cultural.

Hoy al dar al público nuestra primera edición nos hacemos deber, agradabilísimo por cierto, de dedicar estas cuartillas a una de las pocas instituciones de que Manresa puede enorgullecerse en justicia, y dedicar un respetuoso saludo a las señoritas bibliotecarias que con tanta bondad nos han facilitado nuestro trabajo de información, y para las cuales sentimos ya desde este momento una franca simpatía y aquella admiración envidiosa que causan las gentes que tienen la suerte de poderse pasar la vida entre libros y gentes que leen...

**Algunos datos**

Nuestra Biblioteca Popular, concedida a Manresa por la Diputación Provincial, debe su espléndida construcción al gusto verdaderamente escogido de nuestro compatricio Alejandro Soler y March.

Las estanterías son capaces para quince mil volúmenes. Actualmente contienen unos cinco mil perfectamente encuadernados.

Lo que más abunda son los libros de consulta y de estudio y lo que menos, los escritos en idiomas extranjeros.

Hay un departamento reservado probablemente a los autores manresanos.

Está prohibido fumar y hasta el momento es la primera prohibición de esta índole que surte sus efectos en un local público de Manresa.

Nuestra Biblioteca Popular está servida por dos señoritas bibliotecarias y una señorita ayudante.

Las horas hábiles son de once a una todos los días y de cuatro a ocho los días laborables.